

No dio Nietzsche a sus ideas forma rigurosamente filosófica, sino literaria; pero el influjo de sus ideas, revestidas de un lenguaje esplendente y magnífico, ha alcanzado a toda la filosofía moderna. En esta breve exposición vamos a emplear una alegoría que el mismo Nietzsche desarrolla largamente en su libro *Así hablaba Zaratustra* (1885); ella nos servirá de marco para hacer, a continuación, resaltar algunas de sus ideas estrictamente filosóficas.

LAS TRANSFORMACIONES DEL HOMBRE. ESTRATOS DE VIDA

Tres son las transformaciones que ha de sufrir el espíritu del hombre (según Nietzsche, en el libro suyo citado al comienzo). El espíritu del hombre comienza portándose como *camello*. El camello es para Nietzsche símbolo del animal de carga, del que lleva los pesos que le imponen los demás, y trabaja para los fines de otros. Sus virtudes son la paciencia, la obediencia, la prontitud, la humildad. Parecidamente: el hombre comienza su vida espiritual recibiendo las normas, los mandamientos, las leyes que otros han hecho o promulgado, aceptando las *tablas de valores* (véase sobre el significado de valor el artículo: «Ética») que otros han establecido. La primera fase del hombre es la obediencia, la sumisión, la humildad. Si en la sociedad en que uno nace se tiene por valioso el estudio, la gimnasia, el respeto a los padres, la sumisión a los reglamentos..., el espíritu del hombre comenzará, cual camello, aceptando todos estos valo-

res, teniendo por bueno lo que pase por serlo, sin derecho a reformar nada, a discutir, a inventar nuevas normas. Empero esta fase de *camello* ha de ser superada, según Nietzsche, por la fase de *león*. León es animal de presa; su campo de dominio es el desierto. En él manda como rey de los animales. El león es para Nietzsche símbolo de la libertad, de la liberación y rebeldía frente a las normas establecidas, a las leyes escritas, a las tablas de valores comúnmente aceptados.

Con lo cual Nietzsche nos quiere dar a entender que en la evolución del espíritu humano ha de llegar un momento en que uno se ponga a vivir para sí mismo, a darse a sí mismo sus normas, a obrar por conciencia individual, a discutir lo establecido, a no aceptar las cosas y mandamientos simplemente porque están mandados, porque son tradición, porque así se ha hecho durante siglos y siglos. El león es el símbolo de la individualidad: de los derechos a la libertad de conciencia, de la exigencia de una moral autónoma (véase el artículo «Ética y moral»).

Pero para que la libertad sea fecunda y no degenera en simple libertinaje o juego sin efectos saludables, y termine en pura disipación y dispersión de energías, es menester que el león se transforme en *niño*. El estado último del hombre es el de *niño*. Y aquí Nietzsche parece recordarnos el Evangelio, pues *de los niños*, dice Jesucristo, *es el reino de los Cielos*. No es preciso decir que la interpretación de Nietzsche es totalmente diversa y opuesta a la del Evangelio.

El león conquista su libertad; el hombre, simbolizado en el león, adquiere su libertad, no para no hacer nada, o para divertirse y subvertir las leyes, sino para crear nuevos valores, para hacer una nueva tabla de valores y normas. Y el niño, con su espontaneidad, con su novedad, con la vida nueva, original, inédita que trae al mundo ya hecho y envejecido, es símbolo, según Nietzsche, de esta última transformación a que puede llegar el hombre, que es la de creador de valores, inventor de normas.

La famosa *inversión de valores* («Unwertung der Werte») de que habla Nietzsche no es, pues, pura y simple inversión de los valores y normas pasadas, sino inversión para creación de nuevos.

La época en que nació Nietzsche (1844) le parecía época de decadencia, de valores y normas petrificadas, empobrecidas, exteriores; por esto se sublevó, como león, contra ella, y aun exageró tal vez sus ataques contra las formas de arte, de reli-

gión, de sociedad, que encontró, no viendo en ellas sino algo decadente, cuando pudiera ser que sólo por la forma que entonces tenían estuvieran en transitoria decadencia.

En cambio, Nietzsche se entusiasmaba doquiera creía encontrar indicios de creación de nuevos valores. Así por un tiempo se entusiasmó por Wagner. Después de haber sido uno de sus ardientes admiradores y propagandistas se trocó en su más acérrimo e implacable enemigo. Es que le decepcionó en sus anhelos de nuevos y auténticos valores. No vio ya en Wagner el niño, de nueva vida, sino el calculador y farsante. La reacción de Nietzsche contra Wagner se exaspera definitivamente al oír el *Parsifal* a Wagner, en que Nietzsche cree ver un retorno a los valores y creencias de la Edad Media.

Por ver en Grecia, en la Grecia clásica, los grandes creadores de la cultura occidental, profesa por lo griego una adoración y admiración ilimitadas, a Nietzsche debemos los más sutiles y sugerentes trabajos sobre las obras literarias griegas, o sobre los géneros más típicamente suyos, como la tragedia.

A partir de 1869 es profesor de filología en Basilea; cátedra que tiene que abandonar por sus enfermedades, en 1879.

En medio de accesos rayanos en la locura, en los intervalos lúcidos que le dejan sus casi continuas enfermedades, compone hasta su muerte en 1900 una serie de obras en que junto a la inspiración ideológica brilla un estilo incomparable que hace de él el primer prosista de lengua alemana.

Se ha hecho famosa su teoría del *superhombre*. Acabamos de ver que el estado final, la última transformación que debe sufrir el espíritu del hombre, es la que le lleva de león a niño. Pero toda transformación tiene que conservar la anterior como base suya. Por esto el superhombre se caracteriza por las cualidades del león: grandes impulsos, apetencias inmensas, pasiones potentes, crueldad, anhelos de conquista. Pero el superhombre no sólo es león; tiene que terminar en niño creador de nuevos valores, de nueva cultura, de un nuevo tipo de humanidad.

El superhombre debe disponer de una energía interior tal, de una vida tan potente y rebosante que esté seguro de que, aunque el mundo exterior, el universo físico y biológico, se repitiera infinitas veces, siempre tendría inventiva para presentar ante el mundo físico, siempre el mismo, nuevos valores. Es decir: la potencia de creación de valores y de culturas es tanta y tal en el superhombre que puede llenar de *nuevas* creaciones un mundo *siempre igual*, siempre repetido.